

Tesis para la reconstrucción de la teoría postinternacional

Carlos Ballesteros Pérez*

Resumen

El objetivo del presente artículo es poner de relieve la necesidad de desarrollar un trabajo teórico riguroso sobre los procesos mundiales contemporáneos. Bajo esta perspectiva, se tratará de establecer los ejes principales de un proceso de deconstrucción teórica que corresponde a un nuevo nivel de complejidad. La línea argumental es remarcar el interés por la investigación teórica como elemento indispensable de la comprensión de los fenómenos sociopolíticos, incluidos los de mayor alcance.

Abstract

The aim of this paper is to emphasize the need to develop a rigorous theoretical framework for the world's contemporary events. A new degree of complexity calls for a work of theoretical deconstruction, and it will be our goal to establish a major axis for this. The argumentative line insists on the importance of theoretical thinking for understanding sociopolitical issues, including those with far-reaching effects.

I

La pregunta sobre qué tipo de teoría corresponde al estado de la sociedad en la primera década del siglo XXI es una de las más relevantes para las Ciencias Sociales contemporáneas. Sin embargo, es una pregunta que no puede plantearse de manera directa y que, por tanto, tampoco admite respuestas simples.

Al definir el enunciado de este artículo como un conjunto de propuestas para la reconstrucción de la teoría postinternacional se hace referencia a la dificultad que representa una aproximación tangencial al campo teórico. De

* Doctor en Sociología y Licenciado en Relaciones Internacionales por la UNAM. Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

hecho, se trata de la reconstrucción de una teoría que está apenas esbozada o que, en términos estrictos, no existe aún. En consecuencia, la reconstrucción de la que se trata está situada *ex ante*, y debe entenderse como un momento previo al despliegue de una nueva interpretación teórica.

No obstante, el mismo trabajo de reconstrucción se presenta como una intervención *ex post*. Toda propuesta de observación de la actualidad atraviesa de forma ineludible por el intrincado terreno de las teorías existentes, pero si su motivo es distinguir y crear complejidad para generar conocimiento, asume un carácter diferente. Lo peculiar o específico de una perspectiva teórica adecuada a la actualidad conlleva, entonces, la consideración de categorías centradas en la síntesis crítica y la capacidad real de anticipación. Entre tales categorías tiene un lugar central la dimensión postinternacional de lo social.

Una manera de avanzar en ese proceso de índole abstracta es la presentación de tesis polémicas en torno a la teoría que apunta hacia el horizonte de la sociedad mundial. La intención es prefigurar la ruta que puede seguir el desarrollo de la comprensión teórica a partir de la reconsideración del punto de partida, las condiciones generales de posibilidad y las temáticas clave de una reflexión comprensiva.

II

Como primer paso o tesis inicial puede afirmarse que la construcción teórica vinculada al paradigma internacional ha quedado desplazada por cambios y contingencias decisivos en el orden histórico.

De acuerdo con esta idea, todas las figuras del debate internacional en el ámbito teórico se encuentran rezagadas respecto a la evolución concreta del mundo social. Por lo tanto, el problema principal, en términos de investigación, es alcanzar una perspectiva adecuada a las condiciones presentes. Para enfrentarlo se deben incorporar las distinciones necesarias, pese a la dificultad que representa tomar distancia de la intrincada coyuntura del presente. Como puede implicarse, el requerimiento elemental es de índole epistemológica, y conlleva la construcción de abstracciones lo suficientemente poderosas para distinguir los rasgos específicos de nuestra época. Esta condición pone en un primer plano la exigencia de una teoría del mundo social que trascienda las aporías del esquema internacional sin perder los elementos explicativos aún vigentes.

En lugar de esa teoría necesaria tenemos un debate sobre las características de los tiempos que corren, que es muy amplio, pero todavía demasiado impreciso. El alcance de la reflexión llega a definir como diferencia específica

el despliegue de una transición, pero no nos advierte con suficiencia sobre su sentido y significado. Sólo puede constatarse la alta complejidad de los cambios, su efecto de dispersión y la ausencia de teorías comprensivas y enfoques centrales. En su lugar predominan las explicaciones locales y algunos esbozos de propuestas generales, siempre en términos de explicaciones aproximativas.

Desde el punto de vista de las Relaciones Internacionales, esta situación se experimenta como una serie de constataciones. De entrada, que el sistema "westfaliano" no se ha derrumbado, pero se ha transformado sustancialmente. El Estado no ha desaparecido como referencia fuerte, pero no puede seguir teniendo el mismo sentido. La potencia clásica, territorial y político-militar¹ debe acoplarse al entorno de un conjunto de juegos informales, inestables, altamente contingentes y de gran influencia. En este orden de ideas, el monopolio de la guerra por el Estado aparece como un vasto paréntesis que concluye en una alteración importante de la díada compuesta por la violencia y la política.²

La relativización del Estado puede entenderse como una actitud reactiva al concepto universalista que prevaleció en la primera Modernidad política. Es posible localizar el inicio de una crisis progresiva de la estatalidad como orientación central desde el momento de las fracturas Norte-Sur. Mientras en el Norte predominó un enfoque jurídico sobre las normas y valores del ámbito internacional, en el Sur se desarrolló un discurso en términos de justicia. Con la proliferación de actores y procesos transnacionales que, de manera fáctica, escapan a la soberanía de los Estados, se agudizó la percepción de un marcado desplazamiento hacia una yuxtaposición, e incluso competencia, de lógicas no siempre coincidentes.

La pérdida relativa del poder del Estado puede ser observada también como una crisis de identidad. El orden semántico que le corresponde lo asocia a la historia o, al menos, a una concepción teleológica muy definida. En una perspectiva lineal, las sociedades se desarrollan hasta alcanzar una racionalidad estatal. Sin embargo, el acento que se ha puesto en la crisis del pacto hobbesiano permite apreciar un exceso de confianza en estructuras que ya no corresponden a las necesidades de seguridad física, económica o social. Con la quiebra del *Welfare State* se experimenta, además, un abandono de espacios sociales que son ocupados progresivamente por las iniciativas del sector privado, centradas

¹ Bertrand Badie y Marie-Claude Smouts, *Los operadores del cambio en la política mundial. Sociología del escenario internacional*, Editorial de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas-Publicaciones Cruz O., México, 2000, pp. 116-147.

² Marie-Claude Smouts (dir.), *Les nouvelles Relations Internationales. Pratiques et théories*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris, 1999, pp. 377-392.

en la generación de dividendos. La crisis del Estado adopta así la forma de una crisis de legitimidad que dificulta aún más su capacidad para regular e influir en equilibrios indispensables.

III

Si las teorías neoclásicas le atribuían un papel central a la credibilidad económica del Estado, los procesos financieros de finales de siglo xx y principios del xxi ponen de relieve la transformación acelerada del entorno global. A esta descripción le corresponde también el ascenso de un sector económico informal que afecta sobre todo la capacidad de acción de los Estados en las sociedades en desarrollo. Habría entonces una cierta dinámica regresiva que se enlaza con la proliferación de nuevas formas de violencia que, al final, hacen más inestable y vulnerable a la estructura internacional.

De manera relevante para el funcionamiento mismo de las relaciones internacionales, la desmultiplicación de actores y procesos que cuestionan el monopolio estatal de la violencia implica un replanteamiento del horizonte político. Además de la conocida anarquía y la propensión reactiva de la esfera diplomática, lo que se presenta es una figura de convivencia estratégica con vectores de poder inasimilables y determinantes. La subordinación del ámbito de las soberanías y las dificultades para aportar seguridad por parte de las estructuras estatales debilita la obediencia civil e, inevitablemente, la calidad de la acción internacional del Estado. Asimismo, no puede dejarse de lado el hecho de que la relación de la lealtad ciudadana tiende a desdoblarse como efecto de la integración de regímenes internacionales.³ Los subsistemas internacionales que comparten reglas y procedimientos tienden a sobrepasar la práctica de la entidad burocrática que tomó su impulso del espacio nacional.

La redefinición de la política estatal ha dado pie a interpretaciones que aciertan en lo descriptivo, aunque no siempre en las ideas que se derivan del análisis. La transformación del Estado se aprecia como el inicio de un "metajuego global" que abandona las premisas nacionales.⁴ En esa línea de ideas, la cuestión es: ¿cómo reconfigurar el concepto y forma organizativa del Estado ante los nuevos desafíos? El esbozo de respuesta es la rearticulación cosmopolita de las estructuras estatales en simbiosis con la sociedad civil. Un planteamiento de tal naturaleza puede ser valioso como intento por integrar una nueva orientación política; sin embargo, las mediaciones conceptuales y

³ Stephen Krasner (ed.), *International Regimes*, Cornell University Press, Cornell, 1983.

⁴ Véase Ulrich Beck, *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*, Paidós, Barcelona, 2004.

las figuras prácticas que son necesarias quedan aún por determinar. En todo caso, la distinción que comporta entender al Estado como un actor más entre otros afirma la necesidad de trascender los esquemas más recurrentes de la comprensión internacional.

De acuerdo con las nuevas condiciones, el Estado deja de ser un fin en sí mismo y tendría que considerarse la integración de una racionalidad más amplia en una lógica postinternacional. De ahí el cuestionamiento a toda una estructura disciplinaria en términos de actualidad y pertinencia.

Una segunda tesis es que no conocemos la composición, la estructura, los límites ni la capacidad evolutiva del mundo social contemporáneo.

Al parecer, esta es una época que requiere de comienzos radicales, al menos en el plano teórico, pero hoy la misma radicalidad obliga a un gran esfuerzo comprensivo. Ya no es posible asumir de modo tan inmediato la propuesta de que los grandes relatos, las grandes ideas filosóficas y políticas de la era ilustrada han perdido legitimidad. Tampoco puede constatarse de modo absoluto el ascenso de lo global sobre lo local. Las conmociones de inicio de siglo nos obligan a repensar las cosas y a ampliar los enfoques teóricos.

Para situarnos en el ámbito de las teorías internacionales, el reinicio del camino debe dejar atrás mucho de lo que se discutió al cierre del siglo xx. El llamado "cuarto debate"⁵ no renovó realmente los argumentos de los paradigmas pluralistas y estructuralistas, incluidos los sistémicos; a lo más los resumió en una forma más contemporánea. La polémica estuvo centrada entre la línea del *rational choice* y los distintos constructivismos. Entre lo más interesante puede recuperarse el intento posmoderno por comprender el retorno de los nacionalismos como efecto de la crisis asociada a la ruptura de las federaciones soviética y yugoslava. Se dio pie a la percepción de que las reinvencciones subjetivas y las identidades imaginadas forman parte del proceso político y exigen estudios particulares. El punto es acertado, pero también puede considerarse en el balance el trabajo de Susan Strange, *States and Markets*,⁶ que plantea una síntesis de economía y política, bajo la figura de una nueva economía política internacional, así como el texto de James Rosenau, en el que problematiza la dialéctica de orden y desorden en la política mundial.⁷ El trabajo de Rosenau es interesante porque, al plantear las turbulencias de la época presente, muestra cómo las grandes estructuras estatales se transforman internamente y se desarrolla una bifurcación del sistema internacional. Coexisten

⁵ Marie-Claude Smouts (dir.), *op. cit.*

⁶ Susan Strange, *States and Markets*, Pinter Publisher, Londres, 1992.

⁷ James Rosenau, *Along the Domestic-Foreign Frontier: Exploring Governance in a Turbulent World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

así la dinámica de los Estados con el ejercicio descentralizado del poder.

Tras el cuarto debate, el peso de la realidad obliga a despejar el camino. Las nuevas lecturas confluyen en el reconocimiento de que el paradigma fundador de la disciplina ha dejado de ser productivo y que debe replantearse. La multiplicación de nuevos espacios y procesos de decisión y la evolución contradictoria de las identidades conduce a la búsqueda de conceptos más comprensivos. De allí el interés por los procesos de gobierno (*governance*), el acento en las construcciones regionales, las políticas sectoriales transfronterizas y el estudio de la difracción de las orientaciones sociales. Asimismo, se aprecia el esfuerzo por aproximarse al tema de las representaciones políticas en un mundo policéntrico. Un plano particularmente relevante es el desarrollo de las nuevas geografías como observación de las interacciones que definen la actividad humana, más allá del enfoque territorial. Se propicia así una reinterpretación de la geopolítica a fin de advertir cómo funciona la relación poder-organización espacial y política. A estos ensayos de recomposición teórica se agrega el desarrollo de una interpretación de los efectos de la comprensión del tiempo como resultado de los avances tecnológicos.

La problemática contemporánea define un estado de las cosas que no se puede sintetizar en ninguna de las dimensiones del proceso mundial. En consecuencia, para analizar los encadenamientos y contenidos cualitativamente distintos de la sociedad, el recurso necesario es la integración de hipótesis teóricas de gran amplitud. El doble fundamento del despliegue global, el mercado y las aspiraciones comunitarias, remite a un nivel superior de comprensión sobre las ambigüedades de la Modernidad. La visión del campo internacional tiende a ser más sociológica porque la pluralidad del mundo ha sido mejor pensada por quienes se han preocupado por elaborar un pensamiento abstracto de lo social.

En la actualidad se trata de ir a la raíz de los fenómenos con un instrumental de mayor capacidad de descripción y orientación. Pero el tema a seguir no es sólo la elección de las herramientas o su renovación, sino definir el punto de partida. Al respecto, es útil el intento por distinguir con medios abstractos el tipo de mundo social del presente. Esta ha sido una de las elaboraciones más importantes de las teorías de la complejidad.

La hipótesis que se sigue en tales teorías es generar conocimiento en términos de la creación de complejidad. Puesto de otro modo, una teoría tiene un valor explicativo real si alcanza una mayor complejidad que su objeto. Para poderlo lograr, la teoría debe situarse en una dimensión no trascendental y ser capaz de realizar operaciones de autoinferencia a partir de un plano empírico. No se parte entonces de un *a priori*, sino que se propicia el conocimiento de lo desconocido.

En función de esa línea de pensamiento, es mejor aceptar que no se conoce el mundo social a confundirnos con presunciones subjetivas. La pregunta de fondo es: ¿por qué ha fracasado el control político de la sociedad?, ¿por qué el desencanto respecto a las promesas de la Ilustración? Un esbozo de respuesta es que no existe correspondencia entre los modos de pensar y el aumento de la complejidad social. De ser así, en definitiva todo un conjunto de conceptos, como sujeto, moralidad, razón y libertad, son incapaces de describir la sociedad tal y como es hoy. En su lugar haría falta una teoría de la complejidad centrada en la capacidad para captar las diferencias, autorreflexiva, autorreferente, altamente dinámica, abierta a la contingencia y ajena a los límites conceptuales del humanismo. Dicha teoría lleva a prefigurar un nuevo esquema ontológico, más acorde con las sociedades actuales.⁸

Las teorías de la complejidad han detectado de manera adecuada el rezago conceptual de las Ciencias Sociales y ofrecen formas alternativas de descripción. Debe señalarse, sin embargo, que sigue en cuestión el alcance de sus intentos por superar la filosofía del sujeto. Además, como lo plantea Edgar Morin, habría que considerar al menos dos niveles de desarrollo en ese campo: el que es propio de los sistemas y el que conlleva un elemento dialógico. El punto es resaltar la paradoja de una complejidad simple para dar paso a una forma más alta de la complejidad que incluya de manera adecuada la dimensión subjetiva.⁹

En todo caso, las dos expresiones más acabadas de la Teoría de la Complejidad coinciden en la idea de partir de que no conocemos a cabalidad el mundo social del presente y, por consiguiente, es tiempo de abordar de frente un problema que estaba resuelto sólo en apariencia.

La siguiente tesis es que la dimensión postinternacional de lo social abre un nuevo horizonte teórico en términos de observación de la complejidad, el riesgo y la comunicación.

Para enfrentar lo desconocido y generar distinciones o conocimientos la teoría debe dotarse de capacidades reales de observación. Al tomar a su cargo la dimensión postinternacional de lo social tiene que ir hacia atrás y hacia delante en su comprensión del mundo social y de la sociedad del mundo. Es preciso reconocer las distinciones clave que nos permitan integrar una semántica capaz de representar el tiempo presente.

Si vamos hacia atrás para entender el proceso, nos encontraremos con la herencia del siglo XIX, que condensó su comprensión en la diferenciación de lo particular y lo universal. Ese siglo construyó la idea de lo absoluto y la

⁸ Véase Niklas Luhmann, *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*, Paidós, Barcelona, 1990.

⁹ Véase Edgar Morin, *El método: las ideas*, Cátedra, Madrid, 1992.

especificó en los Estados nacionales. Descubrió la unidad abstracta de las diferencias culturales, étnicas, etc. para imponer la libertad del Estado, frente a la cual la particularidad es un mero residuo. La herencia del siglo XX es más compleja: las Ciencias Sociales, que habían resultado fundamentales para la integración del Estado nacional, pasan a revelar lo implausible de diversas construcciones racionales. El universalismo deja de ser entendido como la pauta central de la diferenciación. En su lugar, se aprecia la artificialidad de muchos conceptos y de las construcciones políticas en que se sustentan. Por ejemplo, la soberanía sobre la cual se habían construido los Estados nacionales se muestra en términos paradójicos como una regionalización artificial de la sociedad. Asimismo, se atiende a la realidad nueva de los medios de comunicación que impone nuevas descripciones. La sociedad se autodescribe por esos medios que forman un sistema global y producen la estructura de la opinión pública.

Hacia delante, se plantea el requerimiento de una nueva distinción. Precisamente la autorrepresentación comunicativa de la sociedad esboza una universalidad de tipo distinto al del relato especulativo. No el espíritu absoluto, sino el sistema universal de comunicación que tiene como entorno a la propia sociedad. Se abre así una frontera de conocimiento que es un desafío a las Ciencias Sociales, de modo particular la que intenta tematizar las interacciones mundiales. En esa línea el trabajo teórico sólo puede desplazarse reasimilando el conocimiento de la realidad social, pero de manera tal que propicie descripciones problemáticas y fecundas. Para expresarlo de manera muy sintética, la teoría está obligada a integrarse de modo tal que pueda asimilar los paradigmas ya conocidos y ofrecer un enfoque multidimensional de lo que se pueda considerar novedoso o distinto.

Los intentos de la óptica neofuncionalista resultan relevantes para la conformación de una teoría multidimensional. Así, por ejemplo, Richard Münch¹⁰ logra indicar un programa de desarrollo de la tradición parsoniana que abre sus fundamentos teóricos abstractos y aplica enfoques teóricos rivales a la formulación de una teoría de niveles muy especializados. Se realiza así un análisis teórico de las instituciones modernas, centralmente la economía, la política (con sus instituciones específicas, el sistema jurídico, la burocracia, el mercado político, etc.), la comunidad social secularizada —basada en los derechos civiles—, así como las instituciones culturales, la ciencia, las profesiones y las instituciones que participan en la formación del consenso público y en el

¹⁰ Richard Münch, "Teoría parsoniana actual: en busca de una nueva síntesis" en Anthony Giddens, Jonathan Turner *et al.*, *La teoría social hoy*, Alianza, Madrid, 1991, pp. 155-196.

proceso intelectual. Evidentemente, esa aproximación sólo puede realizarse en el nivel metateórico y logra integrar los enfoques metodológicos ideográficos, típico-ideales, nomológicos y constructivistas. Así, se establece una conexión entre los métodos positivistas de explicación causal y teleonómica y los métodos idealistas que se ocupan de la interpretación racional, del ámbito normativo y del mundo vital.

Para la reconstrucción de la teoría internacional y su transición compleja a una teoría postinternacional es sumamente interesante observar cómo es que el neofuncionalismo alcanza a definir el problema analítico del orden del mundo. Se inicia por desterrar las dicotomías erróneas, como Teoría del Cambio *versus* Teoría de la Estabilidad, Teoría del Conflicto *versus* Teoría del Orden o la Integración, Individualismo *versus* Colectivismo o Teoría de la Acción *versus* Teoría de Sistemas. En su lugar se observan los fenómenos de la realidad como determinados por las coordenadas de la impredecibilidad, la predictibilidad, la complejidad máxima y la mínima complejidad. En ese sistema de coordenadas se ubican las hipótesis teóricas básicas (nomológica, típico-ideal, constructivista e ideográfica) y se construye un amplio paradigma que incorpora los supuestos de la Teoría de la Acción y la Teoría de Sistemas. El planteamiento es paralelo al desarrollo de la Teoría de Sistemas Autopoiéticos configurada para la Sociología por Niklas Luhmann.

Si la distinción de lo postinternacional es relevante, tiene que explicarse cómo se articula el mundo social con la sociedad del mundo. Al describir la forma y el alcance de la complejidad propia de la sociedad del mundo se implica una comprensión renovada del mundo social. Esto es así porque, en un punto dado, existe sólo una sociedad y el mundo es su horizonte de expansión. Desde esta perspectiva, lo postinternacional es un proceso de cambio que tiende a alterar a la sociedad como una máquina histórica que se presupone sólo a sí misma.

Al traer a concepto la dimensión postinternacional lo que se propone es advertir un paso evolutivo con enormes implicaciones. De entrada, la ruptura del modelo centro-periferia, porque en la sociedad del mundo no existe ni un centro ni una periferia. En su lugar, la observación tendría que describir la emergencia de continuas alteraciones capaces de dar paso a efectos de orden central, pero no estable. Asimismo, la sociedad del mundo opera a partir de un movimiento de inclusión que, paradójicamente, expande la exclusión. Este movimiento hace pasar a un plano principal la cuestión del riesgo. Es una sociedad en la que toda decisión trascendente es una decisión de riesgo. Desde la perspectiva luhmaniana, el hecho de que en la sociedad actual se hable mucho sobre riesgo ilumina la forma normal de la sociedad. Esto puede explicarse mediante la comunicación, es decir, de manera sociológica, sobre el

trasfondo de una realidad absolutamente normal y plausible en la medida en que el futuro depende de las decisiones que se toman en el presente y que, una vez puestas en marcha, se tornan irreversibles.¹¹

El aspecto clave a observar es que la política como sistema, que se ha entendido como eje de las decisiones colectivas, es incapaz de controlar lo que está más allá de su ámbito de operación. La política no es central y sólo puede controlarse a sí misma. La perspectiva postinternacional da cuenta entonces de que el problema de control no se encuentra en manos de los Estados, ni de las alianzas de Estados. Sin embargo, las elecciones de la política son elecciones de riesgo.

El cambio de la sociedad hacia la sociedad del mundo ha producido una alta complejidad que integra grandes contingencias o una amplia apertura al riesgo. Por eso, al dejar atrás a las relaciones internacionales como forma política y como saber, se prepara el conocimiento postinternacional. Se estaría dando entrada a un conocimiento capaz de desplazar semánticas e ilusiones obsoletas para describir con frialdad la esfera política del riesgo y su autoexpresión en la opinión pública. Con este emplazamiento se daría cabida a toda la temática de la comunicación, misma que se podría resumir en la idea según la cual la sociedad moderna se ha desplegado en función de interacciones comunicativas de un orden superior.

Cuando la sociedad llega a ser la sociedad del mundo se observa de manera muy clara que el lazo social está hecho fundamentalmente de comunicaciones. Resulta entonces necesaria una teoría específica de la comunicación que la entienda como un sistema autorreferencial. De tal modo, se pasaría a observar la forma en cómo la comunicación emplaza las interacciones sociales y políticas. De ser cierto que la comunicación decide de manera autónoma lo que se entiende y alcanza como comprensión (Luhmann), tenemos entonces un campo de análisis de gran amplitud que no está cubierto. Para seguir este enfoque habría que considerar la forma en cómo se acopla el sistema de la comunicación con los entornos de la conciencia, la política y la dimensión postinternacional de la sociedad. Habría que tener presente la proposición según la cual no existen las comunicaciones concientes, así como tampoco un pensamiento, una sensación o una percepción comunicativas. Expresado de otra manera, no es el hombre, sino sólo la comunicación, lo que puede comunicar.¹²

¹¹ Niklas Luhmann, *Sociología del riesgo*, Universidad Iberoamericana, México, 1991, p. 38.

¹² Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, Anthropos/Universidad Iberoamericana/ITESO, México, 1996, pp. 13-91.

Lógicamente, en este marco, se tendría que proponer una orientación comprensiva al tema de las diferencias culturales, lo cual obliga a una discusión de las formulaciones del tipo de la ética del discurso.

La cuarta tesis propone que la teoría postinternacional es un devenir en deconstrucción que incorpora el retorno de la filosofía política en una perspectiva multidimensional.

En última instancia, la teoría postinternacional sólo puede erigirse sobre el terreno inestable de una nueva reflexión sobre la democracia. Sin embargo, dicha reflexión sólo tiene sentido si se asimila a una crítica adecuada al presente. Esa crítica puede ser llamada deconstrucción que tiene un plano teórico y otro directamente político.

El tema a seguir es que la teoría postinternacional asume la cuestión democrática como un concepto diferido y una realidad que no tiene lugar. Para poder entender y generar orientaciones en la sociedad del mundo, la teoría está obligada a realizar un doble gesto: criticar y recomponer para ir más allá de lo existente. De tal modo, no se puede hablar ni de política internacional ni de democracia, sin considerar un vasto espacio de complejidad que no existía antes.

La política de la sociedad del mundo se diferencia porque su comprensión tiene un carácter multidimensional. Esto quiere decir que depende de un intercambio entre los campos elementales que componen lo social: economía, gobierno, normas y cultura. Por lo tanto, quedaría muy atrás el marco de la simple elección racional y todo lo referente al paradigma realista. Para hacer aún más contundente esta afirmación podría decirse que los discursos que intentaban explicar la política internacional en el siglo pasado pecaban de ingenuos. No pensaron de modo suficiente ni la articulación de los planos sociales y, mucho menos, los conceptos de tiempo y espacio que corresponden a la hipermodernidad.

Al respecto, cabe tomar en cuenta la idea de Zaki Laïdi sobre el tiempo que corresponde a la mundialización acelerada,¹³ y que él llama “el tiempo mundial”. Se trata de la condición de desarraigo territorial, la pérdida de referencias tradicionales y la pérdida de finalidad. Esa circunstancia nos proyecta a un espacio planetario sin relieve que no está dominado por ninguna espera. Como actores del tiempo mundial ya no tenemos la representación de una meta, ni la experiencia que conlleva perseguir un objetivo. Lo que domina es el peso de la necesidad, que obliga a un movimiento y a una comunicación en un espacio mundial alterado permanentemente por la velocidad técnica que

¹³ Zaki Laïdi, *Un mundo sin sentido*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, pp. 32 y ss.

desplaza a las prácticas, los saberes y a la propia proyección individual y colectiva. La lógica de la instantaneidad se impone y hace caduca la idea de proyecto como porvenir o devenir. Acontece entonces un repliegue hacia la gestión del presente que aniquila la idea de futuro en que se anclaba la política.

En vista de esa condición, la teoría postinternacional puede ser advertida como una posibilidad de reintegrar el campo teórico del mundo social en el tiempo de la sociedad del mundo. El avance se orientaría por la deconstrucción de conceptos ya marcados y asimilados por el poder. A partir de allí se tendría que elaborar un tipo de saber capaz de crear alternativas en la forma de pensar y también en el orden práctico. Es entonces que la idea democrática aparece como un recurso político inmenso en términos de una democracia por venir (Derrida).

La deconstrucción es un proceso teórico que comienza por identificar la construcción conceptual de un campo de conocimiento, ya sea la religión, la metafísica, la ética, la ciencia o la política. Localiza los pares conceptuales y los elementos irreductibles y resalta su ordenación jerárquica. A partir de allí se sucede una operación crítica que invierte y subvierte esa ordenación, mostrando que los términos aparentemente secundarios pueden moverse, de manera justificada, a un plano principal. El proceso deconstructivo refleja las opciones estratégicas o ideológicas para estar en condiciones de producir un tercer término que complica la estructura original, hasta hacerla irreconocible. Tal deformación es necesaria en vista de poder elaborar una transformación. La deconstrucción interviene los textos, las teorías y las prácticas. Se despoja a las supuestas autoridades de su fachada para revelar sus retorcimientos y complicaciones. De tal manera se llevan las argumentaciones y las arquitecturas conceptuales a sus límites para influir en la composición de un nuevo pensamiento. La idea es no sólo evitar el dogmatismo, sino inyectar un sentido de incompletitud sistemática capaz de avanzar sobre dilemas, paradojas y aporías.¹⁴

Para la teoría de la deconstrucción, dada la manera en como se ha ido modificando el horizonte del mundo, la recuperación de la idea democrática es una tarea teórica central. No será fácil romper con la reducción actual de la democracia a un simulacro, artificio o arma retórica que disimula los desequilibrios, las exclusiones y las grandes violencias. Para comenzar, habrá que reconocer que la mayor parte de la población mundial no sólo está al margen de la democracia, sino que también ha sido despojada y sometida, además de humillada, por los poderes de Occidente.

¹⁴ Véase Geoffrey Bennington y Jaques Derrida, *Jacques Derrida, Les contemporains/Seuil*, París, 1991.

Las ideas de Jacques Derrida sobre la democracia se articulan con la concepción de un modelo de metaestado y una metaley. Se trata de un problema muy amplio que lleva a discutir centralmente las concepciones de Kant y Hanna Arendt. Ambos estaban a favor de un derecho internacional y, condenaban la hipótesis de un superestado o de un gobierno mundial. Derrida piensa en una figura por venir de la política, más allá de la soberanía, a la que estima aún dentro del discurso teológico-político. La democracia por venir no es una idea regulativa al modo kantiano, sino una promesa que se arriesga a lo imposible. Dicha imposibilidad es la aporía del *demos*, que es a la vez, de una parte, la singularidad incalculable de cualquiera —antes que nada sujeto— y, de otra parte, la universalidad del cálculo racional, de la igualdad de los ciudadanos ante la ley. La democracia como “lo imposible que hay” marca un régimen que deconstruye los conceptos de la política para abrirse a la perfectibilidad e historicidad más responsables. Así, la democracia sería un aspecto fundamental de todo lo relativo a una razón abierta.¹⁵

Como negación de la democracia, el contexto del llamado retorno de las religiones y del terror fundamentalista es el que forma la acumulación obscena de riquezas y poder, la imposición de las razones del más fuerte y la ceguera ante el otro y su historia. Esta es la condición propicia para la extensión de una forma maniquea de entender la crisis mundial y la crisis de Occidente. Por desgracia, la respuesta al desafío de los extremistas se ha limitado sólo a la visión geopolítica y militar.¹⁶ Se ha intentado poner bajo control aquello que es incontrolable. La consecuencia es que el tiempo mundial se ha curvado en una inmensa espiral violenta.

Ante tal circunstancia, la teoría está obligada a responder. Está llamada a plantear diferencias, argumentos y propuestas. En ese orden de ideas puede optarse por un trabajo crítico que articule la línea de la complejidad con la de la deconstrucción para confluir en un replanteamiento postinternacional de la democracia. Lo que podría lograrse por esta vía es alcanzar, por fin, un enfoque teórico propio para los temas de una ciencia con pies de arcilla.

¹⁵ Giovanna Borradori, *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*, Santillana, Madrid, 2003, pp. 175 y ss.

¹⁶ Véase Joseph S. Nye, *La paradoja del poder norteamericano*, Taurus, Santiago de Chile, 2003.